



PAUL TCHEN

El niño – el seminarista – el mártir
Crecido en la espiritualidad de la Santa Infancia

1838 - 1861

(Síntesis narrativa)

TCHEN TCHAN-PIN

El calendario chino señalaba el 18º año del Emperador Tao Kouang, el día 16 de la tercera luna. Nuestro calendario indicaba un bellissimo día de primavera, el 11 de Abril de 1838, cuando Tchen Tchan-Pin vino a la luz.

Su padre estaba ausente porque desde hacía días iba por las casas en el campo buscando algún enfermo que tuviese necesidad de sus medicinas.

Durante un tiempo, por su eficiencia y por su gentileza, el doctor Tchen era muy solicitado por la gente: le bastaba mirar el rostro de un enfermo para comprender qué enfermedad tuviese, y todos le pagaban bien porque los curaba realmente. Pero, años después ninguno lo buscaba más. El campo se había empobrecido, los campesinos tenían demasiados hijos y las personas padecían, casi todas, de la misma enfermedad: el hambre. El Doctor conocía todas las hierbas, tenía un laboratorio completísimo, era capaz de encontrar remedios para todo, pero no tenía la medicina contra la pobreza.

Esa vez se quedó algunos días más en el campo pensando en sus hijos que lo esperaban con la despensa vacía y sobre todo en su esposa que, llegada al final de otro embarazo, esperaba su regreso con ansia y con preocupación. Una nueva boca para alimentar. ¿Qué podía hacer?

A lo largo de su peregrinaje de casa en casa, el doctor notó algo nuevo que le causó mucha curiosidad: algunos franceses, que llamaban misioneros, buscaban a los niños, los llevaban a sus casas, se los encomendaban a algunas mujeres, también francesas, los criaban y los preparaban para la vida. Corrían comentarios diversos sobre este hecho, algunos decían que los niños y las niñas, en esa especie de colegio, corrían graves peligros. Los personajes criticados, venidos de Europa, predicaban una extraña religión que enseñaba la existencia de un Dios hecho niño y después muerto en cruz. El gobierno de China estaba investigando esta situación.

Un amigo suyo que había llevado a esos lugares misteriosos a sus dos niñas gemelas, iba frecuentemente a ver en qué situación estaban y las encontraba bien atendidas y felices. El doctor recordó que una vez había pasado al costado de uno de esos colegios y había escuchado las voces sonoras de muchos niños que jugaban, gritaban y no parecían prisioneros.

Pero él consideraba que no fuese el lugar para sus niños, especialmente para el último, que no conocía todavía. Esperaba, de veras, que fuese un varón, así lo habría orientado hacia la medicina y, seguramente, tendría más fortuna que él.

Con estos pensamientos, tomó el camino de regreso a casa y, en la puerta, salieron a recibirlo sus niños:

“¿Papá cómo te ha ido?” ¿Había muchos enfermos? ¿Has vendido todas las medicinas? ¿Sabes que hemos recogido dos cestas de hierbas medicinales casi milagrosas?

El doctor antes de responder se asomó hacia el interior de la casa, vio a su esposa que mecía la nueva criatura y, de la sonrisa de la mujer, comprendió que había nacido un varón. “Sería trágico – pensó entre sí – si hubiese nacido una niña. Nuestros ancianos decían que criar una hija es como regar la huerta del vecino y nosotros tenemos ya poca agua”.

Se acercó a la mujer, trató de observar el rostro del pequeño envuelto en pobres pañales y se sentó en la banca. Estaba cansado y preocupado.

Su mujer estaba muy delgada, debió haber sufrido durante su ausencia. Le contó que el parto había sido difícil y que se sentía agotada. El hombre sacó de su mochila las pocas cosas que los campesinos le habían dado en cambio de sus medicinas. La mujer dio un suspiro y siguió meciendo el pequeño hasta que, dormido, lo puso sobre el tendido de madera en donde habían dormido los otros.

Hablaron mucho de los últimos días en los que había estado lejos. Ella lo tranquilizó diciéndole que encontraría algún objeto para vender; en el pasado habían estado bien y la casa estaba todavía equipada. El doctor extendería la búsqueda de clientes a una zona más amplia y trabajaría más en su laboratorio, ayudado por los niños más grandes, a quienes había enseñado a reconocer las hierbas. Con un poco de suerte habría podido salir adelante.

EL PEQUEÑO

Tchen Tchan-Pin crecía engreído por todos sus hermanitos, pero los clientes del doctor Tchen eran cada vez menos y en casa verdaderamente no se podía seguir de este modo. El hombre buscó información sobre los misteriosos colegios de los europeos y, cuando supo que los niños, una vez adultos, podían regresar a su familia, se tranquilizó. Su esposa no estaba muy de acuerdo, se había encariñado con aquel pobrecito que trascurría todo el tiempo con ella mientras sus otros hermanos se iban a buscar las hierbas, pero no quería oponerse al marido.

Tchen-Pin parecía sano, pero sus piernecitas delgadas como dos tallos de flores, presagiaban que no iría muy lejos. Era un niño tranquilo, servicial, deseaba ayudar a su mamá en las pequeñas actividades de la casa. Sufría frecuentemente de tos crónica y estaba siempre concentrado y pensativo como un adulto.

Quizás algo le habían dicho sus padres y se sentía perseguido por el fantasma de la separación.

Cuando el papá se decidió, Tchen-Pin no hizo preguntas, dio una última mirada a la casa, que estaba llegando a ser verdaderamente pobre, abrazó a la mamá y, con el corazón afligido, cogió la mano de su padre y se fue, decidido a mirar de frente ese fantasma. La mujer lo siguió con la mirada desde la ventana hasta que lo vio desaparecer. Para consolarse un poco trató de pensar que el niño se había ido en una de las acostumbradas expediciones con el papá y que pronto volvería.

El doctor se presentó a la puerta del Orfanato de la Santa Infancia en el distrito de Kuoy-Tcheou y explicó al Padre Lions, director de la casa, que el niño era un bien precioso para su familia, pero que no tenía corazón para verlo crecer ignorante y desnutrido, y por lo tanto, lo entregaba a sus cuidados. Pronto volvería a recogerlo y, para pagar toda la deuda, traería algunas medicinas para los niños, tantos, que veía a su alrededor.

Tchen-Pin estaba con la cabeza gacha. Sólo cuando el P. Lions le acarició los cabellos mostró una sonrisa llena de simpatía y una mirada luminosa. Sin decirse nada, se comprendieron al vuelo. Apenas pocos minutos después, el niño se alegró en el patio con las voces de muchos de los estudiantes del colegio. Su padre se fue silenciosamente, no tenía el coraje para despedirse.

LOS COLEGIOS

En la primera mitad del siglo XVIII, muchos misioneros franceses iban a China. Una vez aprendida la lengua y cuando habían entrado en contacto con la gente, se daban cuenta de la situación penosa de los niños: las familias eran pobres y muy numerosas, no había bastante arroz para todos. A los recién nacidos y a las niñas los abandonaban.

Los misioneros tuvieron compasión de estas criaturas que no tenían derecho ni a la vida del cuerpo ni a la del alma, porque morían sin recibir el bautismo. Muchos de ellos escribieron en Francia al Obispo de Nancy y pidieron ayuda para poder construir lugares de acogida en donde atender a esos niños que las familias destinaban a la muerte. El Obispo Charles de Forbin-Janson, expuso a los otros Obispos la situación de los niños chinos y solicitó ayuda a muchas personas, pero evidentemente la China quedaba muy lejos para los adultos que prometían grandes ayudas, pero no concretizaban nada.

Un día, el Obispo tuvo una brillante idea: llamó a los niños y les contó la situación de los niños chinos. Los niños escucharon con atención y preguntaron: ¿Qué podemos hacer nosotros por esos niños que están tan lejos? El Obispo les dijo: “Si Uds. me prometen rezar una Ave María al día y si me dan una moneda al mes, yo me uno a Uds. y salvaré a los niños de China”.

Los niños comprendieron inmediatamente. Con la oración sostendrían el trabajo de los misioneros y con los ahorros de sus pequeños sacrificios darían a un niño la posibilidad de ser acogido, bautizado y educado. Comenzó, entonces, una carrera de solidaridad que permitió a los misioneros recoger miles de niños.

En muchas zonas de China las mujeres llevaban a los niños que estaban en peligro de muerte. Los pequeños eran confiados a las hermanas en los colegios. Estudiaban, aprendían diversos oficios y, cuando ya eran grandes, volvían a su familia, o se hacían catequistas, maestros, médicos y también misioneros. Tchen-Pin fue uno de ellos. Cuando llegó al colegio pudo ser acogido precisamente porque desde la lejana Europa muchos niños rezaban y recogían ofrendas para él y para todos los otros.

UN MUNDO NUEVO

En los primeros días el pequeño Tchen-Pin sufrió mucho por la ausencia de la mamá y de los hermanos, pero rápido le vino la curiosidad y le fascinó el afecto de las hermanas europeas quienes, con el ancho sombrero blanco, abierto como las alas de una grande gaviota, se dedicaban a cuidar a cada niño como si fuese el único de ese grande colegio. Además, tenía las lecciones de catecismo del P. Lions, quien contaba cada día la historia de Jesús, una historia que penetraba en el corazón y encendía una gran luz. En el alma simple de Pin, Dios se abrió camino suavemente, como una madre, y llenó todos los vacíos afectivos, dando a su vida un clima de paz y de alegría que lo ayudaron a crecer y a soñar un futuro muy hermoso.

Durante la hora del catecismo, Pin no quitaba los ojos del rostro del P. Lions y, de vez en cuando, se aventuraba con una pregunta. El misionero se sorprendió del interés del niño por los temas religiosos. Como había llegado en retardo, cada día, después de la catequesis, el Padre Lions le daba una lección más. En breve tempo el niño aprendió las oraciones de memoria y no se saciaba de leer y releer los pasajes del Evangelio. Crecía bien en el colegio, tenía buenos modales con todos, no negaba a nadie su ayuda y los compañeros más pequeños competían entre ellos por hacerse su amigo.

El P. Lions se dio cuenta que aquél muchacho quería crecer rápido en la fe y que necesitaba un educador que pudiera dedicarle más tiempo. De su parte, habría querido seguirlo de cerca, pero los compromisos de la Misión lo alejaban del Instituto. Pero estaba el Padre Faurie, un misionero excepcional, que dirigía una pequeña escuela y estaba organizando un seminario menor para muchachos de buena voluntad educados por las familias cristianas. Él disponía de tiempo y de paciencia, sabía leer el corazón de los muchachos y comprendería lo que estaba escrito en los ojos luminosos del pequeño Pin.

Por una semana el muchacho fue a la pequeña escuela. El P. Faurie le hizo un examen preliminar y enseguida se dio cuenta que Dios lo había escogido para un proyecto especial, enteramente escondido en el misterio de su corazón y revelado en alguna forma en la luminosidad de sus ojos buenos.

Un día Tchen-Pin pidió al Padre:

“¿Qué es un pequeño seminario?”

“Es un lugar en donde los muchachos se preparan para ser sacerdotes”.

“¿También los muchachos de mi edad?”

“Claro que sí”.

Pin permaneció en silencio. Aquella tarde, antes de acostarse, recitó todas las oraciones que sabía. Pensó en su mamá, cómo habría querido comunicarle ese deseo profundo y preguntarle

qué pensaba de un hijo que llegara a ser sacerdote del Dios de Jesucristo. Una mamá es siempre una mamá y, aunque no sea cristiana, comprende los sueños de los hijos y no los deja solos en caminos tan nuevos.

Por la mañana, el muchacho se levantó con un propósito preciso y cuando, en el corredor, encontró al Padre, con todas sus fuerzas le dijo:

“Padre, yo quiero llegar a ser sacerdote como Ud. y como el P. Lions”.

El misionero lo miró y con una media sonrisa le dijo:

“Verdaderamente en tu caso hay un problema”.

Pin sintió que el corazón le latía muy fuerte, revisó apresuradamente sus pensamientos tratando de comprender en dónde y en qué se había equivocado y siguió al Padre que, en tanto, había entrado en su pieza.

“En primer lugar, dijo el misionero, explícame cómo te ha llegado la idea de hacerte sacerdote”.

Pin buscó una respuesta, pero no la encontró, sólo pudo decir en un soplo:

“No sé, Padre, es una cosa que me viene de adentro”.

“Mira, hijo mío, nosotros en el seminario recibimos únicamente muchachos que vienen de familias cristianas, tus padres no son católicos y sobre todo, tú no estás ni bautizado”.

“Es verdad, Padre, pero qué culpa tengo yo si ninguno le ha enseñado a mi familia la historia de Jesús. Yo estoy seguro que mi madre habría aprendido enseguida todas las oraciones y habría pedido el bautismo para ella misma y para mis hermanos. En cuanto a mi padre...”

Pin no completó la frase porque un nudo de llanto le quitó las palabras. Su padre había dicho que habría venido pronto y sin embargo habían pasado años y ninguno de los suyos se había asomado a la puerta del colegio.

Después de un instante de conmoción, le vino un nuevo impulso y dijo:

“Yo, el bautismo lo deseo desde hace tiempo, pero ninguno hasta hoy me ha hecho la propuesta”.

El muchacho hablaba con grande esfuerzo, superando una conmoción increíble. El Padre continuaba a observarlo y, al fin, le quitó el ansia:

“Bien, hagamos un compromiso entre los dos, faltan dos semanas para la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, si tú eres capaz de recitar por 15 días el rosario, el 15 de agosto serás admitido en el seminario menor”.

Tchen-Pin no creía a lo que oía, era como si una gran puerta estuviera por abrirse delante de su vida, más allá de la puerta un camino luminoso y en el fondo un altar listo para él. Habría querido dar un beso al P. Faurie, pero no sabía estaba permitido, prefirió cogerle las manos y hacer una inclinación profunda pronunciando un gracias que le venía del profundo del corazón.

UN CAMINO MARAVILLOSO

El muchacho vivió quince días de espera con el mismo deseo de quien se prepara para un acontecimiento increíble. Custodiaba el secreto como un tesoro, habría querido revelarlo sólo a una persona, a su mamá. Ella sí que lo habría abrazado y besado aún sin entender. En cada "Ave María" que recitaba pensaba en la mamá de Jesús y al lado de ella veía la suya. Las dos se asemejaban porque la suya era una mamá gentil, dulce, amorosa, siempre afanada por todos y muchas veces, como la mamá de Jesús, un poco pensativa por su esposo habitualmente en viaje en los campos y por sus niños que crecían con muchas penurias.

El P. Faurie mantuvo su promesa y el día de la Asunción del 1853 Tchen-Pin hizo su ingreso en el seminario menor. Le pareció entrar en un santuario habitado sólo por ángeles. Miró uno por uno a sus compañeros, descargó sus pocas cosas junto a la cama en el dormitorio común y se fue a la capilla. Ahí, ante el altar, lloró de alegría.

El Padre Faurie se lo encomendó a un compañero más grandecito para que lo guiara en los primeros días, pero no fueron necesarias lecciones particulares. Pin parecía que había nacido con la disciplina como algo propio. La vida del seminario parecía hecha para él: estudio, oración, trabajo. Ponía en todo un entusiasmo gozoso y muchas veces habría pasado la hora de recreación estudiando, pero el Padre no se lo permitía porque su salud era un poco frágil.

Amaba mucho la lengua y la literatura china, le interesaba la historia de la gran China, pero le conmovía más la historia de la Iglesia. El gustaba menos el libro de latín, una lengua extraña para escribirla y para pronunciarla, pero debía hacer todo el esfuerzo para aprenderla sino, no podría llegar a ser sacerdote. Le gustaba mucho el trabajo de carpintero, cortaba, apuntillaba, cepillaba con fantasía y le gustaba pensar que Jesús, a su misma edad, hacía las mismas bancas o las mismas mesitas.

El P. Faurier lo observaba con atención durante la celebración de la Misa. Pin estaba como encantado delante del altar y cuando sus compañeros se movían para recibir la comunión, bajaba la cabeza y se ponía triste. Este mágico momento tardaba en llegar y ello no dejaba en paz al muchacho. Quizás a Jesús no le agradaba su origen pagano. Tal vez el sacerdocio no era conveniente a un muchacho pobre, a quien su padre había conducido al colegio y después había olvidado. El Padre Faurie leía sus pensamientos y lo tranquilizaba: antes de recibir los sacramentos se deben saber muchas cosas, el tiempo y la oración ayudan a entrar en el misterio de Dios.

Pin escuchaba, estudiaba y oraba: "Jesús, Tú sabes cuánto deseo recibirte en mi corazón. ¡Cuando Tú vengas, será una fiesta para mí!" Tenía tantas cosas para decir a su Dios, tenía tantas personas para encomendarle, tantas promesas para hacerle y, sobre todo, tanto amor para darle.

EL BAUTISMO

Se necesitaron cuatro meses de camino espiritual y de buena preparación para llegar al gran día. Era la Navidad de 1853 y un ambiente de fiesta circundaba al seminarista todavía “pagano”. Con el corazón lleno de agradecimiento Pin asistió a la Misa de medianoche, pensó en Jesús, nacido en el pesebre y se sintió feliz porque también él estaba naciendo a una nueva vida, la vida de la gracia. Ese día Jesús lo llenó de su luz y de su fuerza, hizo de él una criatura nueva. Mientras el agua bendita descendía sobre su cabeza, el obispo pronunció las palabras que cambiaron su vida: “Paul Tchen, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”. El niño venido del campo había llegado a ser un muchacho lleno de la gracia de Dios, acogido por la comunidad cristiana con el nombre del más valiente de los Apóstoles.

Tchen Tchan-Pin se había sumergido en el océano de la gracia de Dios y había surgido Tchen Tchan-Paul. Sus muchas lágrimas se confundieron con el agua del bautismo y la nueva criatura entró definitivamente, llegó a ser plenamente hijo de Dios

Los compañeros a su alrededor llenaban la pequeña capilla con cantos y lo acompañaban con su afecto y asombro. Hasta aquél día, no se había visto el bautismo y la confirmación de un seminarista. Paul inauguraba un estilo de Iglesia nueva que nacía del servicio de la Santa Infancia.

El Padre Faurie se sentía emocionado por aquél muchacho tan tímido, que no era capaz de decir una palabra y no lograba frenar las lágrimas. Paul lloraba de alegría y, también, de nostalgia. ¡Si al menos hubiese estado su madre, sus hermanos, para gozar de aquella fiesta, de aquel maravilloso día!

El Padre explicó a los muchachos que Dios no hace distinción de personas: había escogido a Paul en una familia no cristiana y lo preparaba a difundir la fe en todas las partes de la tierra, pero en este regalo estaban también las oraciones y las limosnas de muchos niños lejanos que, en Francia, en Bélgica, en Italia, en muchos países, formaban parte de la Santa Infancia y se interesaban con afecto y ganas de ayudar a los niños chinos que no habían sido bautizados. Paul, aquél día, oró por todos y, en lo profundo de su corazón, tomó una decisión: aquella gracia infinita que Dios le había dado no la tendría para sí mismo, sino que iría por todo el mundo a llevarla a los hermanos más pobres, a los niños de los campos que no conocían a Dios.

En los meses siguientes, Paul se dedicó más al estudio y al trabajo. Hizo algunos tableros de madera para adornar los salones del seminario y trabajó mucho para esculpir el retablo del altar.

¡El altar! Era su sueño. Cada mañana, durante la Celebración Eucarística, se extasiaba delante del pequeño altar y soñaba con el día en el que Dios le concedería tener el cáliz entre las manos y repetir las palabras de Jesús: “Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre de la Nueva Alianza, derramada por Uds. y por todos para el perdón de los pecados; haced esto en memoria mía”. Pero, ¿de veras, él, el pequeño chino acogido con piedad por la Santa Infancia, podría llegar a ser un sacerdote católico y tomar en sus manos a Jesús presente en la hostia y en el cáliz? Este pensamiento le daba casi miedo y le generaba una conmoción infinita.

Un día el director de la carpintería le pidió trabajar en un retablo de altar. Paul no se lo hizo repetir dos veces y comenzó a tallar flores y aves alrededor de los signos de la Eucaristía. Llegó a ser una obra maestra que permaneció largo tiempo en la capilla del seminario y se perdió sólo después de la revolución de los Boxer.

Mientras esculpía el tablero del altar, Paul oraba y pensaba en la próxima fiesta que lo esperaba: la Primera Comunión. Jesús entraría en su corazón. ¿Qué podía decir a su Dios, hecho pan por amor, él, el muchacho del campo, pobre, tímido, sin cultura? Paul, trabajando, repasaba en su mente los himnos en latín que había aprendido en el seminario: Adoro Te devote, Laudate omnes gentes, Adoramos Te Domine...

De latín sabía poco, pero los cantos los había aprendido muy bien y su jornada era un cántico continuo a Jesús que se ha hecho pan por el mundo entero. Ciertamente a Jesús le gustaba la melodía en la lengua de la Iglesia de Roma y también las tantas cosas personales que Paul le decía siempre en perfecto idioma chino, porque Jesús sabe muchos idiomas.

EL GRAN DÍA

Y llegó el día de la Primera Comunión, en la Pascua del año 1854, una jornada radiante, que reflejaba el gozo de la resurrección. La naturaleza estallaba en una fiesta de flores y perfumes. Se abrían también las violetas traídas por los misioneros desde Europa. El altar parecía una anticipación del paraíso: las luces se reflejaban sobre el rostro de Paul y lo iluminaban de manera increíble. Los seminaristas vivían la fiesta de la Primera Comunión con el mismo asombro de los Apóstoles en la Última Cena. Paul tenía el corazón repleto de gratitud y se conmovió al sentir cantar a sus amigos: *Panis angelicum fit Panis hominum*. Solo tenía ganas de llorar y entre lágrimas hizo una promesa: “Jesús aunque tuviese que morir para defender la fe que me has regalado ¡no te dejaré jamás!” Levantó la cabeza y miró una vez más el altar. Como en sueños, lo vio brillar lejano, manchado de sangre.

El día de la primera comunión quedó grabado en su corazón y le trajo una luz de la cual Paul tomaba fuerza cada vez que las pruebas de la vida se le hacían pesadas.

Desde hacía tiempo recibía extrañas visitas. Algún amigo de la familia se presentaba en el seminario y pedía dialogar con él. Le presentaba las condiciones de miseria de sus hermanos y le pedía en nombre de su padre que regresara a su pueblo. Paul pedía información sobre todos sus seres queridos, en especial por su mamá. Todos los extraños visitantes le respondían siempre de la misma manera: “¡Regresa a tu casa y tendrás noticias de primera mano!” Paul no lograba comprender los verdaderos motivos de su insistencia. Y los mensajeros volvían al pueblo siempre desilusionados: el muchacho amaba a su familia, estaba agradecido a sus padres que le habían dado la vida, pero se sentía llamado a una misión más grande en la Iglesia católica.

Su padre, cuando oía ciertas respuestas, se enfurecía: “¡No es posible que mi hijo se haya mezclado con los dioses europeos, esta es su familia, aquí debe regresar!”

Pedía información detallada a los parientes que había mandado y dentro del corazón lo corroía una cierta rabia.

Paul había crecido, había aprendido bien el arte de la carpintería y sobre todo, sabía con perfección la lengua y la literatura china. Un puesto en la escuela del pueblo no se lo habría negado ninguno.

El Doctor Tchen esperó un mes haciendo y rehaciendo sus cálculos: Paul tenía 20 años, una edad justa para dar una buena ayuda a la familia. El arte del carpintero o la del maestro tenían más garantía que la del médico en el campo.

En la primavera del 1658 se presentó al seminario e hizo llamar a su hijo.

Cuando avisaron a Paul que alguien lo esperaba en la portería, el joven pensó en uno de los habituales visitantes que le daban fastidio y con la respuesta preparada bajó para despedirlo. Sintió un golpe en el corazón cuando se encontró delante a su padre. No sabía si llorar o alegrarse, si abrazarlo o huir lejos. Venció el amor de hijo:

“Padre, ¿qué buen perfume me trae de nuestra casa?”

“Hijo mío, te traigo el recuerdo de tu madre, ya gacha y cansada, el recuerdo de tus hermanos, dispersos en diversos pueblos. He venido a llevarte, tu casa te espera”.

“Padre mío”, respondió Paul, “lamento desilusionarte, tú me donaste a la Iglesia, la madre Iglesia me ha protegido, me ha ayudado a crecer, me ha alimentado por tantos años, yo ahora le pertenezco”.

“No comprendo, hijo mío, yo vengo en nombre de tu verdadera madre, de tus hermanos, regresa con nosotros, te esperamos tanto”.

“Padre, yo ya no te pertenezco, en mi vida hay una realidad nueva que tal vez no puedes comprender: Dios me llama a una vocación grande ¡Yo no puedo desobedecer a Dios!”

El Doctor Tchen había permanecido sereno hasta ese instante, pero aquellas palabras desataron en él una mezcla de desilusión y de miedo.

“Yo no sé quién sea ese Dios que te llama, yo no he escuchado jamás la voz de Dios. Tu eres mi hijo y con mi autoridad de padre te ordeno que regreses a casa”.

El joven no sabía qué responder, no quería discutir con su padre, lo quería mucho, había estado unido siempre a su familia, a pesar de que no se habían hecho presentes por largos años. Pidió un momento de tiempo, dejó a su padre en la sala y corrió a buscar al Director: “Padre, ayúdeme, mi padre no quiere irse sin mí”.

El misionero lo miró con atención: “Paul, anda con él. Tu eres libre, no debes sentirte obligado por lo que has recibido”.

Paul se sintió incomprendido y dos lágrimas salieron de sus ojos brillantes:

“Padre, yo amo mi familia, sobre todo, a mi madre, pero no me quiero ir, quiero seguir la llamada de Dios y llegar a ser sacerdote a toda costa”.

“Comprendo”, dijo el P. Faurie, “pero eres tú el quien debe convencer a tu padre”.

“Es verdad”, respondió con fuerza el joven que había frenado las lágrimas, “yo hago todo lo que esté de mi parte, pero si Ud. me ayuda venceré la tensión y mi padre aceptará la separación que le pido”.

Los dos bajaron juntos, el hombre hizo una gran venia ante el P. Louis y comenzó a exponer sus razones: “He venido a llevar a mi hijo, como hacen tantos padres. Ya es grande, puede mantenerse por sí mismo, pero él se niega a seguirme”.

“Doctor Tchen”, dijo el P. Louis, “también yo le he pedido a Paul que regrese a la familia, pero el muchacho es grande y es él quien debe tomar la decisión”.

“Yo soy su padre y no puede desobedecerme”.

“De acuerdo, pero la vida es suya y solo él puede decidir qué hacer”.

El doctor Tchen, un poco contrariado, se dirigió al hijo con toda su autoridad: “¿Entonces, me dejarás ir con las manos vacías?” El joven se había quedado enmudecido mientras rezaba en su corazón para que su padre pudiera comprender y aceptar: “No padre, no te irás con las manos vacías, Monseñor te dará una bendición que llevarás en mi nombre a mi madre y a mis hermanos”.

El hombre comprendió que no había nada que hacer con aquél joven crecido en otro mundo y orientado hacia caminos diversos de los suyos. Mejor para él, pensó, si así ha decidido dejémoslo a su destino, quizás será mejor que el mío. Juntando las manos, recibió la bendición, hizo una gran reverencia y no se le vio nunca más.

LOS AMIGOS DEL SEMINARIO

Después de aquel episodio, la vida de Paul fue vivida con más empeño. Sentía que Dios acompañaba su camino hacia una meta llena de misterio. Estudiaba con tranquilidad y el latín comenzó a gustarle. Aprobó muy bien los exámenes de licencia y fue admitido al seminario mayor.

El P. Louis Faurie había sido hecho Obispo, pero seguía guiando el crecimiento del joven encomendado a su cuidado. La meta del sacerdocio se acercaba y él continuaba soñando con el altar iluminado, manchado de sangre. Aquella imagen tan viva y tan frecuente a veces le daba

miedo. Pensaba en la promesa hecha a Jesús el día de su Primera Comunión y esa sangre le parecía aún más viva.

En esa semana, en China habían sucedido hechos muy graves: en algunas regiones los gobernadores habían prohibido el culto cristiano y perseguían a los que se declaraban seguidores del Evangelio de Jesús. Algunos catequistas y algunas mujeres cristianas habían sido asesinados porque no habían querido renegar su fe.

El Padre Louis repetía con frecuencia a los seminaristas las palabras de Tertuliano “El martirio es un don de Dios y la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos. Preparémonos a cualquier cosa que suceda, pidamos a Jesús la fortaleza para ser fieles a la palabra dada”.

En el nuevo seminario Paul encontró otros compañeros mayores que él, que habían llegado al curso de teología. Eran jóvenes llenos de vida y fuertes en la fe, entre ellos hablaban algunas veces del martirio y alguno podía contar experiencias muy cercanas al testimonio del martirio. Estaba, por ejemplo, Joseph Tchang, un seminarista de su misma edad, que provenía de una familia de tradición cristiana y que había entrado en el seminario desde pequeño.

Joseph era un tipo simpático, siempre con humor para bromear. Pero su vivacidad excesiva le había hecho ganar la expulsión del seminario menor y por algunos años, había regresado forzosamente a su familia, había sido maestro en el pueblo y catequista. El deseo de ser sacerdote no lo había abandonado nunca y, después de mucha insistencia, fue aceptado de nuevo a los estudios. A Paul le complacía Joseph porque tenía un carácter abierto y vivaz y complementaba lo que a él faltaba.

Estaba siempre presente en los momentos difíciles y con su optimismo encontraba soluciones a cualquier problema. Para ganarse la readmisión al seminario, Joseph había realizado algo que a los ojos de Paul equivalía a un acto de heroísmo: dos catequistas y una joven cristiana habían sido asesinados por orden del mandarín Tay Luo-Tche porque no habían querido renunciar a su fe. Eran tres mártires y era necesario recuperar al menos sus cuerpos, enterrados en medio de los cristianos de un pueblecito lejano. El desenterrar los cadáveres, en China, estaba severamente castigado con la muerte. Joseph, el temerario, se ofreció voluntario y, junto a un misionero, fue de noche a recuperar los cuerpos de los testigos de la fe.

Los dos trabajaron con gran afán en la oscuridad y cuando Joseph tocó la reliquia del primer catequista, un escalofrío le atravesó los huesos. Volviéndose hacia el misionero, exclamó: “¡Ah, Padre, pudiera yo también morir mártir!”

El sacerdote, que lo conocía desde niño, le respondió sonriendo: “¡Sigamos, Joseph, eres demasiado impertinente para morir mártir!”

“¿Sabe qué pienso, Padre?”, respondió Joseph, “Que en el paraíso hay tantas personas más impertinentes que yo. Dios se complace salvando a los malos y yo espero que me de la gracia de pagar todas mis deudas juntas, con el don del martirio”.

“Qué extraños pensamientos, Joseph. Ante todo, hagamos rápido nuestro trabajo antes de que nos descubran y en tanto debes saber que la Iglesia nos enseña a no desear el martirio, sino a trabajar sólo por el Reino de Dios”.

Joseph no era un joven que quedara satisfecho, la última palabra debía ser la suya: “¡Padre, yo no soy nada bueno, hasta me han sacado del seminario y estoy seguro que el martirio quitaría una fatiga a la misericordia de Dios!”

“Eres verdaderamente incorregible, Joseph. Ahora ¿Quieres incluso dar órdenes a Dios?”

“No, Padre, no son órdenes, sino deseos”.

La conversación duró mucho con este tono, mientras la misión de recuperar los cuerpos se cumplía felizmente y Joseph, como premio, fue readmitido al seminario.

Paul no se cansaba de escuchar los relatos de Joseph. Le hacía repetir hasta el infinito sus experiencias de catequista, sus hazañas de maestro, su deseo de morir mártir. Llegaron a ser amigos inseparables. Sobre todo, a Paul le gustaba el hobby de la medicina. Joseph parecía que jugase a representar al doctor, pero, a diferencia del doctor Tchen, curaba gratuitamente a los niños, como los del colegio de la Santa Infancia. En las horas de salida libre, en su bolso de primeros auxilios llevaba siempre una botellita de agua bendita: “Podría encontrar niños en peligro de muerte y entonces quiero abrirles la puerta del paraíso con el bautismo”.

Paul escuchaba y callaba, lo seguía con asombro y en su corazón envidiaba un poco la valentía y la fantasía creativa del amigo.

El círculo de las amistades no terminaba aquí. Paul y Joseph bromeaban mucho con Jean-Baptiste Lô, un laico de 30 años que se había convertido al cristianismo después de su matrimonio y había llegado a ser el factótum en el seminario. Lo acompañaban con el caballo a hacer las compras en el pueblo. Jean-Baptiste vivía en una casita al costado del seminario y era el hombre de confianza del rector. Se encargaba de la huerta, de los animales y de todo lo que podía servir a los seminaristas. Los escuchaba un poco como a sus hijos y los protegía de las tantas fábulas que se contaban sobre los sacerdotes venidos de Europa. La gente, en efecto, inventaba leyendas y decía que los sacerdotes comían carne de niños o hacían cosas extrañas para ofrecer sacrificios a su Dios.

Los dos acompañaban al viejo padre del campesino que conocía de memoria los sabios proverbios chinos y ayudaba a Jean-Baptiste en los trabajos del campo.

LA MAMÁ DE LOS MISIONEROS

En el seminario estaba, también, Martha, una mujer ya anciana que hacía de mamá de todos los seminaristas. También ella provenía del campo y su historia había comenzado con la llegada del Padre Faurie. Cuando el misionero puso pie en China, las misiones católicas estaban en plena

alarma. Los soldados visitaban con frecuencia las comunidades misioneras y les hacían largos interrogatorios. Era necesario conocer muy bien la lengua china para no incurrir en extrañas situaciones. El Padre conocía pocas palabras y esto, en la ciudad, habría representado un peligro para él y para sus compañeros.

Por ello, fue enviado al pueblito en donde vivía Martha. La mujer había quedado viuda desde hacía algunos años y el encuentro con el extraño personaje le causó curiosidad. Se dirigió a un vecino de casa para pedirle explicación sin saber que el hombre interrogado era un catequista católico: “Vea, Martha, este amigo viene desde muy lejos, ha dejado a su padre y a su madre, ha atravesado el océano para venir a salvar nuestras almas”.

“¡Que noticia maravillosa! ¿Y no podría salvar también la mía?”

“¡Claro! solo que tú debes pedírselo”.

Martha se arrodillo, besó los pies del misionero y le rogó con lágrimas en los ojos de aceptar una invitación a su casa, le prepararía un banquete y le haría la petición. El Padre acababa de llegar y no aceptó la invitación, pero la mujer iba todos los días para pedirle lo mismo. El banquete se desarrolló con un orden verdaderamente curioso: Martha había preparado una infinidad de alimentos, para cada plato que presentaba al Padre se ponía de rodillas, después salía a la puerta de la casa con las mangas arremangadas y con las manos extendidas, y gritaba: “El Padre está comiendo en mi casa, ha venido del extranjero para salvar mi alma. Ustedes dicen que yo no sé la doctrina, pero yo tengo la salvación en casa. ¡Vengan! ¡Vengan!”

Por fortuna ninguno quiso entrar en la casa, ¿Qué habría podido decir el Padre que conocía solo diez palabras de chino?

La gente, un poco divertida y un poco curiosa, se quedó en la puerta de sus habitaciones y esperó la salida del misionero. El P. Faurie se encontró de un momento a otro en medio de los dos lados del pueblo que lo miraba con ojos maravillados mientras Martha lo seguía. El Padre, confundido, habría querido desaparecer por la vergüenza, pero hizo una bella sonrisa y la gente comprendió.

Nació entre los dos una hermosa amistad: Martha se convirtió en la maestra de chino y el Padre se convirtió en el maestro de catequesis. Un poco con las señas, un poco con monosílabos, los dos se entendían de maravillas. En pocas semanas Martha hizo conocer el Padre a todo el pueblo y pidió ser bautizada. El Padre Faurier le decía que tenía que tener paciencia porque el bautismo era una cosa muy seria y se necesitaba saber tantas cosas antes de recibir un sacramento.

Martha, después de esperar pacientemente, un buen día, tomó una larga lanza, se vistió como un soldado y se dirigió a la ciudad. En la calle se encontró precisamente con el Padre Faurie que, de primeras, la confundió con un extraño militar y tuvo un poco de miedo:

“¿A dónde vas vestida de esa manera?”

“Voy a la ciudad para recibir el bautismo”.

“¿Qué piensas hacer vestida de esa forma?”

“Me han dicho que en el camino se mueven ladrones y asesinos”.

“¿Para qué te sirve aquella lanza?”

“Muy simple, Padre mío, si se me acercan los convertiré en un colador”.

El Padre no continuó, la exhortó a retornar a casa y algunos días después le hizo notar que el cristiano debe combatir con otras lanzas y contra otros enemigos.

En la vigilia de Navidad Martha recibió el bautismo y regresó al pueblo. Cada nuevo misionero que llegaba sabía adónde debía ir para aprender el idioma, Martha era la maestra de chino, además de ser cocinera y el apóstol que anunciaba la Buena Nueva a todos.

Porque era muy maternal e inteligente, la llamaron de la ciudad. Ella dejó su huerta y su casita a los sobrinos y tomó a su cuidado los niños del orfanato. Pasó muchos años con niños de tres a seis años. Los acogía, los educaba, los mantenía limpios y ordenados. Trabajaba sin reposo, agradecida al Señor que la había llamado a esa misión y contenta de poder ser útil a los niños que no había tenido.

En 1859, cuando se abrió el seminario mayor, el P. Payán la quiso tener como cocinera. Cocinaba bien y engreía un poco a los muchachos, aquellos jovencitos que debían llegar a ser misioneros y salvar tantas almas, por lo cual se necesitaba nutrirlos bien y amarlos como los ama una madre. Iba al mercado para comprar las provisiones y regresaba con bolsas pesadas arrastrándose con sus chancletas incómodas. Si, en estos viajes incómodos, le sucedía que se le rompiera un huevo, pedía disculpas y lo repagaba con su dinero. Era muy buena para hacer economías porque sabía que el dinero de las misiones venía de las ofrendas de los cristianos europeos y era “dinero sagrado”.

Paul y Joseph querían ayudarla en sus viajes al mercado, pero ella no les permitía perder tiempo: debían apresurar sus estudios y llegar pronto a ser sacerdotes. La China tenía necesidad de sacerdotes chinos.

EL CAMINO EN SUBIDA

En 1861, en la provincia china de Kouy-Tchéou, en donde surgía el seminario, había sido puesto como jefe del ejército el general Tien-Ta-Jen, un hombre carente de sensibilidad humana, vengativo, orgulloso, que había jurado odio contra la religión cristiana. El gobierno chino, precisamente ese año, había concertado un tratado con Europa según el cual la religión cristiana no solo era reconocida en China, sino además protegida. Tien-Ta-Jen impidió que el decreto fuese publicado en su región y declaró la guerra al cristianismo. Todo pretexto era bueno para arrestar y procesar a los cristianos.

Una tarde, mientras todos los seminaristas estaban recitando el rosario, los soldados entraron al improviso en el seminario, apresaron a los primeros cuatro que encontraron, entre los cuales estaban Paul y Joseph, y los llevaron ante el jefe de la Policía, Tchao Ouy-Sa, que era discípulo de Tien-Ta-Jen.

El hombre estaba ahí esperando con un rostro rígido e impenetrable y cuando los vio llegar gritó: “Escúchenme bien, nuestro jefe Tien Ta-Jen ha desterrado de nuestra provincia la religión católica, él es un hombre justo, pero también cruel. Hace cumplir sus órdenes, estén atentos a no desobedecer. Vuelvan al seminario, reúnan sus amigos y díganles que desde mañana comenzaremos los controles. Los cristianos que no renuncien a su fe, serán todos encarcelados”.

Los jóvenes regresaron al seminario llenos de miedo. El P. Payán los tranquilizó invitándoles a orar y a esperar porque el Señor podía convertir los corazones: “Padre, no tenemos miedo por nosotros, sino por Uds. Nosotros somos jóvenes y chinos, podemos en alguna forma defendernos. La Iglesia de China tiene más necesidad de Uds. que de nosotros”.

“Estén tranquilos, hijos míos, Dios no permitirá que ocurra algo a nuestro seminario. Esta es la casa de Dios. Estoy seguro que será protegida por su bondad. Sean fuertes y valientes, no se dejen impresionar por las amenazas”.

“Bien, Padre”, dijo en nombre de todos Paul, “si a Ud. lo llevan a la prisión, yo y Joseph iremos con Ud.” El Padre hizo un señal de complacencia y esa tarde siguieron rezando el rosario poniendo en las manos de María sus ansias y sus miedos.

La mañana del 12 de Junio todos los seminaristas con el Padre Payán fueron a un pueblo invitados por un catequista. Se había quedado en el seminario solo Jean-Baptiste, el campesino con su familia. Había en su casita casi terminado su sobrio almuerzo, cuando llegó al improviso un grupo de soldados: “Nuestro jefe le quiere hablar, venga”.

“Realmente, respondió el hombre, apenas hace cinco días que nos han interrogado, yo no podré decir nada nuevo, soy solo un servidor”.

“¡No contradiga la orden del jefe, rápido, vamos!”

El hombre no tuvo tiempo de probar otro bocado, bebió un sorbo de vino y se rindió a los soldados que lo apuraban. Mientras lo llevaban, se encontraron con Paul que regresaba del pueblo cargado de provisiones: “También a Ud. lo llama nuestro jefe, deje todo y venga con nosotros”.

La orden era perentoria, los soldados estaban decididos y no valió ninguna justificación.

Mientras salían, vieron llegar a Joseph a caballo: “baje del caballo, que ya no es suyo, venga a donde nuestro jefe”.

Con empujones y malas palabras, los tres fueron llevados al pueblo de Tsin-Gay ante el terrible comandante Tchao que de inmediato indicó al pobre Jean-Baptiste: ¿Han decidido renunciar a la religión de los europeos?

El hombre respondió con calma: “Por qué me interroga, señor comandante, yo soy sólo un siervo y cumpla las órdenes de mis superiores. Interróguelos a ellos y sus respuestas serán las mías”. El comandante se dirigió entonces a los dos jóvenes: “Entonces, ¿están dispuestos a renunciar a su religión?”

“Jamás”, fue la respuesta.

“Si no renuncian, me veré obligado a hacerlos decapitar”.

“Para ser fieles a nuestro Dios, estamos dispuestos a arriesgar la cabeza”.

Tchao continuó la conversación con halagos y amenazas, pero viendo que los tres no cambiaban, ordenó recluirlos en una prisión improvisada.

En la tarde, cuando los otros seminaristas regresaron, tuvieron la amarga sorpresa de encontrar toda la casa en desorden, despojada de personas y de cosas. Comprendieron que estaban en peligro y, esa noche, buscaron otro alojamiento.

UNA LARGA NEGOCIACIÓN

Sin dejar pasar más tiempo, el Obispo, Mons. Faurier comprendió que la situación era grave y escribió al gran jefe Tchao, usando tonos y palabras que pudieran descargar la culpa sobre los soldados, aunque sabía que las órdenes provenían del jefe. La carta decía:

13 de junio

“Excelencia vengo a informarle sobre un desagradable acontecimiento: el seminario ha sido asaltado y tres de los nuestros han sido recluidos en prisión. Pienso que los soldados lo han hecho sin que Ud. lo supiera. Por ello, me presento para solicitarle remediarlo, estoy seguro de que Ud. resolverá de la mejor forma las cosas desagradables que han sucedido, por esto anticipadamente le agradezco”.

Mons. Faurie

La carta no tuvo respuesta. Entonces el Obispo se fue personalmente a la casa del gobernador, pero no fue recibido. Comprendió que la situación empeoraba. No había otra cosa para hacer que dirigirse a Dios y, desde aquél momento, comenzó una oración incesante de parte de toda la comunidad cristiana.

En los días sucesivos, en la ciudad hubo un gran ajetreo de gente y se supo que el gobernador Tchao, por méritos de su crueldad, había sido elevado al grado de General de toda la Guardia Nacional de la Provincia y toda la población estaba invitada a la ceremonia.

Hubo una gran fiesta llena de música y de banderas y la gente, por curiosidad, participó en gran número. Entre los presentes, había muchos cristianos que no habían ido para gozar de la fiesta, llevaban en el corazón una gran pena y seguían en silencio el desfile con la esperanza de que sucediese un milagro. Muchos sintieron un golpe en el corazón cuando vieron el caballo del seminario montado por un oficial del ejército y cuando vieron el reloj del Padre Payán en posesión de un subalterno.

En un determinado momento, un soldado se acercó a un catequista y, silenciosamente, dejó resbalar en su mano un papel enrollado susurrando: "Nos vemos esta tarde en la Iglesia". El hombre se hizo a un lado, sin hacerse notar abrió el pedazo de papel y vio que estaba escrito en latín. Comprendió enseguida que el mensaje provenía de la prisión y corrió a buscar al Obispo: "Excelencia, ¡tenemos noticias de nuestros prisioneros!"

Mons. Faurie abrió el mensaje, mientras las manos le temblaban de emoción. Leyó en silencio:

27 de junio

"Hagan saber a Monseñor que nosotros somos tentados en todas las formas, pero estamos dispuestos a morir antes que a renunciar a nuestra fe.

El comandante Tchao y los dos jefes Ouan y Tao han despojado el seminario y se han dividido entre ellos los objetos. Ahora quieren hacernos desaparecer porque somos testigos incómodos. Nos dejan sin comer y nos niegan incluso una gota de agua, nos someten a todas las pruebas y hemos oído pronunciar la palabra veneno.

Sus intenciones son claras, pero nosotros tenemos confianza en Dios. Oren por nosotros.

Sus hijos afectísimos.

Joseph, teólogo - Paul, filosofo - Jean Baptiste, servidor.

El buen soldado se presentó en la tarde y el Obispo le agradeció mucho. Había preparado para los tres prisioneros una carta de respuesta y un paquete de provisiones, dio una recompensa al buen soldado y le pidió tenerlo al corriente de todo. El hombre aseguró a Monseñor: "Como simple soldado puedo hacer poco, a mí también me vigilan, pero el amor cristiano me recuerda, de vez en cuando, que debo ayudar a mis hermanos. La otra tarde, después de la lluvia, la prisión era un mar de fango, los prisioneros no sabían en donde extender su estera, entonces les proporcioné piedras y arreglamos un lugar menos húmedo. Esté seguro, Monseñor, que los jóvenes son fuertes en la fe y yo estoy de su parte. Dios nos ayude, poco hay por hacer con personas crueles que no tienen piedad de ninguno".

Cuando los tres recibieron la carta lloraron de consuelo, las palabras del Obispo les llegaron al corazón y les ayudaron a superar las pruebas de los días sucesivos.

Los soldados recibían órdenes de los jefes y buscaban en todos los modos posibles de tentar a los prisioneros. Una mañana, el más feroz vino a sentarse al lado de los tres fingiendo tener mucho pesar y dijo:

“Yo tengo el corazón bueno y siento mucha tristeza por Uds., quisiera realmente hacerlos salir de esta prisión, pero Uds. son demasiado obstinados en su fe. Présteme oído, renuncien. Ya en toda la Provincia no ha quedado ningún cristiano, las iglesias han sido destruidas, el Obispo y los misioneros han sido decapitados, el seminario ha sido rasado al suelo, Uds. están solos y persisten en sus ideas”.

“Querido amigo, respondieron los prisioneros, nosotros no somos cristianos ni por la Iglesia, ni por el obispo, ni por los otros cristianos. Nosotros somos cristianos por nosotros mismos y por Dios. Dios es eterno y nosotros continuaremos a serle fieles”.

El soldado continuó con el engaño, les presentó un papel diciéndoles: “Tengan al menos la bondad de poner su firma en esta hoja, yo quiero liberarlos a toda costa”.

“Gracias, respondió Paul, nosotros no firmaremos jamás la renuncia a nuestra fe”.

“¡Entonces, ahora prepárense, mañana por la mañana sus cabezas caerán bajo los golpes del hacha!”

Un escalofrío pasó por las espaldas de los tres amigos, y cuando el soldado se fue, se pusieron de rodillas y cantaron con voz suave la oración de la tarde.

Detrás del muro, el soldado bueno los escuchó y, con voz baja, unió su voz a la de sus hermanos.

UNA PAUSA DE ESPERANZA

Durante algunos días ninguno los interrogó, pero dos guardias fueron puestos para vigilarlos e impedirles que se comunicaran con el exterior. El soldado bueno, cuando estaba de guardia, fingía ser insolente, los gritaba, los insultaba y los otros, confiados en su severidad, bajaban la guardia. Esto le permitía pasar a los prisioneros un pedazo de papel y un lápiz y los tres mandaban largos mensajes desde la cárcel.

5 de julio

Querido Monseñor,

Han transcurrido nueve días de prisión, pero para nosotros hoy es día de fiesta. ¿Saben quién ha venido a visitarnos? ¡Nuestra querida Martha! Nos ha parecido una visión caída del cielo. Nos ha traído un poco de víveres, una cobija, un poco de papel para escribir. Pero sobre todo nos ha contado tantas historias graciosas que nos han hecho vencer nuestra melancolía. Martha se ha acomodado en una casita cerca de la prisión y vendrá todos los días, si los guardias la dejan pasar. Ella ya ha dicho que si no le dan el permiso sabe bien cómo obtenerlo.

Nuestro amigo, el soldado bueno, nos ha dicho que los objetos robados al seminario y guardados en las celdas de la prisión han desaparecido. La mitad del marrano robado ha sido enviado como regalo al general Tien-Ta-Jen que no tiene con qué alimentar a sus soldados y la otra mitad ha sido ofrecida en sacrificio al diablo.

Después de la ofrenda sacrificial han venido a felicitarnos y nosotros hemos respondido en latín: "Optimi dii, qui raptio ac furto gaudent" (¡grandes los dioses que gozan del robo y de la rapiña!). Ellos no sabiendo el latín, no han respondido y se han ido enojados.

Hoy, en el pueblo, han hecho una procesión con los ornamentos del sacerdote, con las imágenes y los objetos robados al seminario. Ha sido una profanación sacrílega desaprobada por mucha gente que comienza a murmurar contra ellos. En estos días un poco más tranquilos, les agradecemos nos manden al P. Thomas Lô porque queremos confesarnos y recibir el perdón de Dios.

Bien sabemos que esta gente quiere matarnos.

Vuestros hijos afectísimos

Paul, Joseph e Jean Baptiste.

Durante las largas horas de prisión nuestros amigos se sostenían unos a otros. Paul decía a Joseph: "Cuéntenos sobre aquella noche en que fueron a desenterrar a los mártires" y Joseph comenzaba a contar la aventura en la cual había sugerido a Dios el camino para santificarlo. La adornaba con curiosidades particulares y les arrancaba a todos una gran carcajada: "Viendo cómo van las cosas, no podemos ni siquiera lamentarnos por lo que nos sucede, se lo has pedido tú al Señor y, quizás, junto a tu nombre, Dios ha escrito los nuestros", dijo graciosamente Jean Baptiste.

Un día, al improviso, Paul dijo a Joseph: "¿Sabes qué pienso? Tu ciertamente no morirás como nosotros, de otra manera ¿quién se encargará de buscar nuestros cuerpos cuando seremos decapitados?"

"No se preocupe amigo", dijo Joseph, "tu cuerpo será ciertamente recogido por el Obispo y llevado directamente debajo del altar de la capilla, o en alguna catedral del mundo cristiano, porque tú

has nacido santo. El mío, en cambio, será robado y llevado al pueblo en donde todos los alumnos de la escuela me dirán la oración del reposo eterno. En cuanto a tí, Jean Baptiste, estoy seguro que los seminaristas desafiarán a todos los guardias y te entregarán a tu familia”. Los tres sonrieron, pero un velo de tristeza llenó su corazón y decidieron orar para recobrar la serenidad y la fuerza de ánimo.

Muchas veces, cuando los dos discutían sobre el futuro, Jean Bautista callaba, tenía el corazón lleno de tristeza por su familia. Pensaba en su padre anciano, encorvado en los surcos del huerto. ¿Cómo haría para sobrevivir? De tanto en tanto, llamaba por su nombre a sus niños y a su esposa. Cómo habría deseado verlos por última vez, decirles que los amaba y que desde el cielo siempre los acompañaría. No quería pedir que vinieran porque una visita a los prisioneros cristianos podía ser peligrosa. Jean Baptiste recibía visitas de sus parientes que, en vez de confortarlo, lo regañaban y lo invitaban a renunciar a su fe.

Luchó por muchos días contra esa presión pero la lucha y las penurias de la prisión lo debilitaron. Le vino la fiebre, temblaba y deliraba, tanto que sus compañeros tuvieron miedo de perderlo. Su cuerpo se llenó de llagas y sólo el amor de sus compañeros, las medicinas de Martha y la fe grande de todos le restituyeron la salud.

Para tenerlo más tranquilo, Paul escribió una carta en su nombre al Obispo.

julio

Excelencia,

Siempre he servido a la Iglesia con amor y por amor de mi fe estoy listo a dar la vida, me queda sólo un pesar: mi anciano padre, mis niños y su madre. ¿Quién se ocupará de ellos?

Llévelos con Ud., confórtelos, dígales que los amo, y desde el cielo los protegeré.

Yo muero con gusto y ofrezco mi vida para la gloria de Dios y la salvación del mundo.

Gracias. Me postro ante vuestra paternidad.

Jean Baptiste Lô, vuestro servidor.

El obispo lo tranquilizó diciendo que su familia estaría segura y que la Iglesia no abandonaría jamás a sus seres queridos, más bien, serían respetados y amados como parientes de un testigo de la fe.

Después de esta carta, Jean Baptiste se tranquilizó y unió su suerte a la de los compañeros sin lamentarse más.

EL POLLITO DE MARTHA

En realidad, la prisión de los tres no era monótona, muchos cristianos pedían poder visitarlos, aunque fueran rechazados. Si estaba el soldado bueno de guardia fingía regañarlos duramente y después los dejaba entrar. El juego se hacía divertido cuando venía Martha. La mujer se presentaba cada día, pero si estaba de guardia el soldado malo, era rechazada con fuerza.

Cada día llevaba algo especial, retiraba los pobres vestidos de los prisioneros y los devolvía limpios y perfumados de sol. Sobre todo, se sentaba al lado de los muchachos y los divertía contando sus aventuras.

Los soldados no la soportaban porque se habían dado cuenta que animaba a los prisioneros a resistir en su fe. Le hacían todos los desaires posibles y ella reaccionaba con una obstinación excepcional. A veces le quitaban las provisiones diciendo que se las darían a los prisioneros, mientras que, en realidad, los víveres desaparecían y los prisioneros quedaban en ayunas. Muchas veces Martha se abría camino entre los guardianes dando puntapiés y codazos.

Un día, uno de ellos, pasando delante de su casa, aplastó uno de los pollitos que Martha criaba precisamente para los muchachos. La mujer salió furiosa de su casa, se enfrentó con el soldado y le dio un buen puño en la espalda.

El puño de una mujer anciana no es, ciertamente, mortal para un soldado, pero los gritos de ella dirigieron la atención de todo el pueblo sobre lo sucedido. Martha reclamaba su pollito y la gente le daba la razón. El soldado se sintió en minoría y debió asegurar que repagaría el daño. Dijo: "Cálmese, mi vieja, le traeré otro pollito". Y Martha, más furiosa que antes: "¡Eh, no. Yo no quiero otro pollito, yo quiero el mío y vivo!"

Las narraciones de Martha llenaban de buen humor a los prisioneros y por un momento calmaban sus ansias. Frecuentemente la mujer salía con exclamaciones curiosas: "¿Pero el Obispo no hace nada para sacarlos de aquí?" Hoy me encargo yo, voy a encontrarlo y le indico que debe hacer".

Los tres le aseguraban que Monseñor había hecho de todo para obtener su liberación, pero la situación era compleja, y le pedían que se calmase para no complicar más las cosas: "Yo estaré también tranquila, pero hoy voy con seguridad adonde el Obispo".

Martha era una buena cristiana y sabía que los puntapiés, los puños y las malas palabras con las que trataba a los soldados no eran ciertamente según el Evangelio. Sentía un poco de remordimiento y deseaba confesar sus intemperancias. Recogió, entonces, en un pañuelo una docena de huevos frescos, mató a un pollo y se presentó al Administrador Apostólico, Mons. Lions: "Excelencia, sus tres hijos le mandan muchos saludos y le aseguran que nadie quitará de

su corazón la fe en Jesucristo, pero Uds. deben orar por ellos y sobre todo deben hacer alguna cosa para sacarlos de ese infierno de prisión”.

“Gracias, Martha, eres el ángel de la guardia y haces lo que a nosotros no nos permiten hacer. Te estamos muy agradecidos”.

“Eh no, Excelencia, yo no soy propiamente un ángel. ¿Sabe que cada día me toca dar puntapiés, empujones y puños para abrirme camino?”

El Obispo trató de justificar sus excesos:

“Pero todo eso”, dijo “¡lo has hecho por el bien de los muchachos!”

“Sí, Excelencia, ¡pero Ud. no puede imaginar las malas palabras que he dicho y los empujones que he dado a ese soldado que no me quería dejar entrar! Sé que mis comportamientos no son realmente cristianos y por ello pido perdón a Dios y también a Ud.” Mientras hablaba, Martha gesticulaba en un modo tan expresivo que Mons. Lions no pudo menos que sonreír. Le dio el perdón del Señor y la despidió asegurándole que estaba haciendo todo lo posible para liberar a los muchachos y que le agradecía todo lo que siempre había hecho por la Iglesia. Martha salió un poco más contenta, pero poco arrepentida de sus métodos y continuó sus visitas a la prisión.

LAS PUERTAS ABIERTAS

Los días de julio transcurrían lentos y bochornosos. De vez en cuando llegaba un fuerte aguacero, y así uno tras otro, los tres se enfermaron y sólo los remedios de Martha y el deseo de resistir hasta el final les ayudaron a curarse. En el pueblo no se hablaba de otra cosa, el caso de los prisioneros comenzaba a ser grave. La gente sabía de su inocencia y murmuraba contra el gobernador. La situación realmente se estaba precipitando. Los dos jefes, Tchao y Ouan, solicitaron audiencia al general Tien-Ta-Jen para recibir el permiso de decapitar a los jóvenes y cerrar el caso antes que se levantase una sublevación popular. Pero el permiso no llegó. Tien-Ta-Jen callaba y meditaba una estrategia de amplio radio contra los cristianos.

Una mañana los dos jefes locales se presentaron a los prisioneros diciendo: “Escriban a su Obispo y pídanle el permiso escrito para salir de la prisión”.

Los muchachos contestaron: “No ha sido el Obispo quien nos ha metido en prisión y él no puede decidir nuestra liberación”.

Fue una respuesta sabía que salvó a la Iglesia de una sospecha gravísima: desde hacía días se decía que el Obispo había escondido centenares de hombres en la montaña para asaltar la prisión.

Los bribones habían tendido una trampa para provocar una masacre.

Fallido este intento, Ouan se acercó de nuevo al general Tien-Ta-Jen para solicitarle el permiso de ejecutar a los prisioneros, pero tuvo nuevamente una respuesta negativa. El jefe de la guardia

no comprendía estos rechazos y no tenía ganas de luchar contra la obstinación de los jóvenes y la desaprobación de la gente: “No es posible”, decía entre sí, “continuar esta comedia. Por las buenas o por las malas estos tres deben morir”.

Uno de los soldados se atrevió a hacer una pregunta “¿Por qué no devolvemos a casa a los jóvenes ya que son inocentes?”

Ouan lo miró con los ojos rojos de ira: “¡Cómo te permites! Los hemos atormentado por tantos días y ahora ¿los dejamos ir? ¿Qué imagen nos hacemos ante el pueblo? ¡No podemos mostrar que nos hemos equivocado!”

Del general Tien-Ta-Jen finalmente llegó un mensaje: “Estén tranquilos aún por algunos días, estoy preparando un edicto que publicaré lo más pronto. Por motivos de orden público, todos los cristianos de la Provincia del Kouy –Tchéoun serán ajusticiados”.

Ouan dio un suspiro de alivio y ya veía sus hombres lanzados como mastines en persecución de los cristianos. Deseaba con maldad nuevas masacres y se complacía en su brutal autoridad. Su espíritu malvado le sugería nuevas medidas de seguridad contra los jóvenes: cerrar todas las vías de acceso a las cárceles para que ninguno se pudiese acercar más a los prisioneros. En el aislamiento más absoluto esperaba obrar sobre sus ánimos y debilitar así su fe.

Aunque la gente no podía llegar a la prisión, las cartas iban y venían, los muchachos eran probados físicamente, pero moralmente eran fuertes. En una carta al Obispo dijeron que no eran capaces de soportar más la tensión de la espera, las amenazas, las blasfemias y sobre todo los cuentos que la gente se inventaba contra la Iglesia.

El 15 de Julio, el jefe de la guardia se presentó con un nuevo engaño: “Muchachos, viendo que ninguno logra convencerles para que firmen, digan por lo menos alguna palabra contra su fe, sólo una palabra y les abriré las puertas de la prisión de par en par”. Los jóvenes permanecieron callados. El hombre esperó un momento y continuó con tono benévolo: “Bien, hagamos de cuenta que la han dicho. Las puertas de la prisión están abiertas, ¡váyanse a donde quieran y déjenos en paz!”

Los muchachos permanecieron inmóviles, se notaba solo un movimiento imperceptible en sus labios: oraban. Joseph habló a nombre de todos: “¡Esté en paz, hermano! Solo cuando veamos la orden escrita del general Tien-Ta-Jen nosotros dejaremos esta prisión”.

Los jefes se quedaban sorprendidos de sus respuestas, sabían que eran inocentes, pero no sabían de donde viniese tanta sabiduría y tanta fuerza. En China es más fácil ser devueltos libres si se es culpable. Ninguno puede ser excarcelado porque es inocente. Este reconocimiento atestiguaría que el juez se había equivocado y perdería su buena imagen de frente a la gente. El verdadero motivo que impedía a Paul, Joseph y Jean Baptiste de ser devueltos a casa era su inocencia.

UN ÚLTIMO INTENTO

El Obispo fue informado de lo sucedido y les mandó una carta de alabanza por la sabiduría con la cual habían obrado. No se maravilló que, en su debilidad, los muchachos hubiesen podido encontrar las palabras precisas para cada ocasión. Reflexionando sobre sus reacciones, el obispo recordó ese pasaje donde Jesús dice: *“Cuando seáis arrastrados a los tribunales, no os preocupéis de aquello que debáis decir para defenderos: yo les sugeriré las palabras justas, y les daré una sabiduría tal que todos vuestros adversarios no podrán resistir y menos combatir porque el Espíritu os sugerirá la palabra justa (Lc. 21, 14-15)”*.

Lloró porque perdería dos futuros sacerdotes y un laico muy bueno, pero agradeció a Dios que estaba realizando en ellos un verdadero milagro de sabiduría.

A pesar de que el acceso a la prisión era prohibido, alguno pasaba igualmente para advertir a los muchachos sobre los engaños peligrosos que los jefes tramaban cada día. Una mañana el jefe de la guardia llegó con un folleto en la mano y gritó: “¡Finalmente el jefe nos ha dado vía libre! Hoy serán ejecutados!” Los tres se pusieron pálidos, pero se dieron ánimo. Poco después, el soldado bueno se inclinó sobre uno de ellos y fingiendo de darle un empujón le dijo en voz baja: “No se lo crean, es toda una farsa. No hay ninguna orden”.

En otra ocasión, por la tarde, llegó el bonzo más anciano de la pagoda cercana a la prisión y con las lágrimas en los ojos dijo a los prisioneros: “Estén atentos a no dormirse, han decidido ahogarlos en el sueño esta noche”. Incluso los que no eran cristianos eran de su parte y sufrían por esas tres almas inocentes.

La experiencia de la prisión había cambiado la personalidad de los muchachos. Sus almas se habían abierto completamente a la luz de Dios y la riqueza de los dones de la gracia había sido abundante. Joseph era siempre vivaz y el protector de los otros dos, se sentía listo para la prueba del martirio, sin estar exaltado. Paul, siempre tímido y reservado, había llegado a tener una gran desenvoltura. Escribía cartas llenas de valentía, y en perfecto latín. Jean Baptiste, era más silencioso, pero algunas veces llegaba a ser incluso bromista, especialmente cuando contaba las travesuras de sus niños.

Los compañeros del seminario habían hecho una novena de oración y algunos querían ofrecerse para ocupar el puesto de los prisioneros, pero la situación estaba tan enredada que los superiores sugirieron no hacer actos heroicos. Se necesitaba poner toda la fuerza en la oración y en la esperanza.

El Obispo, interesado en buscar una persona influyente, se confió a Paul Tuong, uno de los notables de la ciudad, que formaba parte del consejo de los ancianos. El hombre se interesó mucho en el asunto de los prisioneros, tenía simpatía por la religión católica y haría

gustosamente un favor a la Iglesia. Fue a la prisión, pero no le permitieron entrar en la celda de los tres prisioneros. Podía visitar a todos los presos, pero para visitar a los seminaristas se necesitaba un permiso especial.

Paul Tuong paseó por las diversas celdas estando pendiente de la puerta y cuando vio llegar a Martha, con ella logró entrar a escondidas. Habló con los muchachos y comprendió que la situación era verdaderamente difícil. Desde la prisión fue directamente a la ciudad en donde estaba reunido el consejo de los ancianos y les contó las cosas absurdas que había visto.

Todos estuvieron de acuerdo que era injusto retener a los prisioneros inocentes, pero ninguno podía liberarles sin la orden expresa de Tien-Ta-Jèn.

“Yo no pido que sean liberados, dijo Paul Tuong; pido solamente que no sean continuamente amenazados y atemorizados y que sean tratados como personas”.

Su visita tuvo el efecto de un huracán. Los jefes se vieron descubiertos en su maldad, la inocencia de los muchachos llegó a ser de dominio público y en vez de portar beneficio, provocó un endurecimiento. Si no podían decapitarlos, al menos podían hacerlos morir de hambre.

Martha, sin conocer nada de esto, llegó por la tarde con la cena y la ropa limpia. Vio la puerta de la prisión cerrada y el capitán Ouan, de centinela. Había sacado a los soldados y él mismo se dedicaba a cuidar la prisión. Martha lo miró con ira. Pero el hombre la repelió con amenazas y no la dejó ni acercarse a la puerta. La mujer no se rindió, volvió a casa, agarró una gran hacha de fierro y se presentó decidida a destrozarlo todo. El jefe la vio llegar con intención de dar batalla y pensó que esa hacha estaba destinada a él. Sabía que Martha no bromeaba y, antes de que se acercase, se fue. Esa tarde los tres prisioneros comieron tranquilamente la cena preparada por una mujer, de cuya valentía se habló en toda la ciudad. Apenas terminaron la comida, mientras Martha contaba sus hazañas, Joseph escribió una larga carta al Obispo:

10 de julio

Excelencia,

Desde hace varias noches dormimos por turnos. Algunos amigos, no cristianos, nos han dicho que los soldados tienen orden de sofocarnos durante el sueño.

El bonzo más anciano de la pagoda viene frecuentemente a visitarnos y nos cuenta los engaños que traman nuestros jefes.

Nos han contado que algunos soldados vendrán a la Iglesia llevando una carta escrita a nombre nuestro en la cual les pedimos dinero a Uds. Sepan que nosotros no hemos pedido nada y sobre todo no escribimos jamás en chino. Nuestras cartas son solamente en latín y ninguno las puede traducir sino Uds. Cuando nos manden víveres, dinero, tabaco, les agradecemos darlo a Martha, porque si cae en manos de los soldados nosotros no vemos nada. Nosotros estamos en paz, oramos mucho al Señor Jesús y sentimos con nosotros sus oraciones. Nos gustaría confesarnos, hablar un poco con Uds. para tener mayor valentía, pero sabemos que es muy peligroso. Podrían en tanto venir al

pueblo de Che-Teou-Tchay y entrar a escondidas en la prisión con Martha. Hagan lo que puedan, nosotros solo les pedimos orar mucho.

Sus devotos hijos

Paul, Joseph e Jean Baptiste

El Obispo reunió urgentemente el Consejo y discutieron largamente sobre lo que debían hacer. Habían enviado todas las solicitudes posibles e imaginables a los personajes más importantes de la ciudad y no habían recibido respuesta. No quedaba otra cosa que ir personalmente y esperar ser recibidos por el Mandarín. Era la última prueba, si fallaba no había más vías para seguir.

Pasaron todavía algunos días para poder entrar en contacto con los Mandarines. Entre tanto el Obispo recibió una carta en la cual se sentía que el fin estaba cercano.

El tiempo había comenzado ya a llorar esas jóvenes vidas deshechas en una prisión insoportable. Llovía a torrentes, las calles parecían ríos, los prisioneros estaban replegados día y noche en el único rincón seco de la celda. Algunas veces eran tratados con cortesía; después, al improviso, eran acosados con amenazas e improperios. No sabían qué pensar. En vez de llenarse de miedo, sentían en el corazón una paz inmensa. A su lado estaban sus ángeles custodios y los confortaba pensar que la comunidad de los cristianos, aunque lejana, los acompañaba con el afecto y la oración. Cantaban en voz baja los salmos en latín, oraban por sus familias, por la Iglesia y por el mundo entero. Tenían un sólo deseo: recibir a Jesús antes de morir. Él les daría más fuerza. Pero las puertas de la prisión estaban obstinadamente cerradas y ya ni el hacha de Martha las abriría de nuevo.

Escribieron por última vez

25 de julio

Excelencia: Nosotros sentimos que el día se acerca, en torno a nosotros hay tanto silencio, nosotros estamos serenos, vivimos una paz extraordinaria. Sentimos que el Señor está con nosotros.

Les pedimos un favor: regálenle un paraguas a Martha porque en estos días de lluvia llega empapada hasta los huesos y se preocupa de nuestra situación y no de su propia salud, llora y se desespera por nosotros.

Continúen su oración, es el regalo más grande que nos pueden hacer.

Sus devotos hijos

Paul, Joseph e Jean Baptiste

La mañana del 29 de Julio de 1861 una lluvia torrencial parecía que quisiese sepultar a las pequeñas casas del pueblo. El rincón seco de la prisión se había reducido y los tres prisioneros se acababan de adormecer, uno al lado del otro, cuando fueron despertados por un extraño rumor de pasos. Abrieron los ojos y vieron formados delante a ellos a todos los soldados de la prisión. El general Tien-Ta-Jen había firmado.

En silencio, por temor a una protesta popular, hicieron salir de la celda a los tres testigos de la fe. Sin un proceso, sin el sonido del cañón, como se usaba en aquel lugar, los soldados sacaron a los jóvenes de la prisión y los condujeron pocos metros fuera de la muralla. Mientras los soldados los empujaban, Paul, Joseph y Jean Baptiste comenzaron a recitar la oración en voz alta. Los soldados los instaron a callarse porque, bajo aquél cielo gris y la lluvia húmeda y persistente, el cántico de los salmos les penetraba en el ánimo y los turbaba hasta trastornarlos. Los tres prisioneros entonaron un cántico: *Adoramus Te, Domine* y se pusieron de rodillas.

Un soldado, casi en broma, les pidió indicasen el último deseo y ellos pidieron poder terminar la oración antes de que el hacha cayese sobre sus cabezas.

Estaban cantando cuando uno de los carceleros vio de lejos que Martha estaba lavando los vestidos de los condenados en el arroyuelo que bajaba. El soldado corrió, la agarró por los cabellos y la arrastró hacia los otros tres: “Te lo habíamos prometido, ha llegado el momento también para ti”.

Martha dijo al soldado: “No me trates con violencia, yo voy con gusto, es un honor para mí morir con mis amigos y entrar con ellos en el paraíso”.

Se había reunido un poco de gente y todos esperaban ver llorar a la mujer, pero ella no era una mujercita miedosa, era una cristiana convencida y ninguna lágrima corrió por su rostro. Se puso junto a sus amigos, se arrodilló y esperó su momento orando, segura de que Dios acogería con amor su alma.

Un silencio helado envolvió todas las cosas, la respiración de los presentes se quedó por un momento suspendida, se oyó el silbido de la cuchilla que golpeaba a los inocentes. La gente, cristiana o no, se cubrió la cara y lloró.

LOS CUERPOS DE LOS MÁRTIRES

Avisaron tarde a los misioneros y ellos se resistieron a creer que todo fuese cumplido. Lloró el Obispo, lloraron los sacerdotes y, sobre todo, los amigos de seminario: “Pudiésemos por lo menos recuperar los cuerpos”, dijo el Padre Faurie.

Pero el capitán Ouan había hecho enterrar a toda prisa los cadáveres y había dejado soldados como centinelas para que ninguno pudiese acercarse, tal como lo había ordenado Pilatos ante el

sepulcro de Jesús. Se necesitaron 15 días para completar la empresa. Y fue precisamente Lorenzo, un muchacho que Joseph había llevado al bautismo, quien logró concluir la acción no a escondidas, sino con el permiso de un oficial chino. Jean, Joseph y Martha fueron enterrados frente a las ruinas del seminario con la esperanza de que el edificio pueda resurgir y los futuros misioneros puedan recibir fuerza y valentía de la memoria de estos santos.

A Paul le fue reservada una suerte especial: él había sido un niño de la Santa Infancia. Su vida y su educación cristiana estaban ligadas al compromiso de tantos pequeños misioneros que, con sus oraciones y sus sacrificios, desde países lejanos, en nombre del compromiso misionero que brota del bautismo, ayudaba a la joven Iglesia de China a salvar los niños. A ellos, los Padres de las Misiones Extranjeras de París quisieron darle un signo de reconocimiento: el primer mártir de la Santa Infancia, Paul Tchen, fue traído a París, en donde, en 1843, había nacido la Obra de la Santa Infancia.

Desde entonces, el Beato Paul Tchen, reposa en la Catedral de Notre Dame como perenne memoria de cómo la fe, en el corazón de los niños que la acogen, florece y produce frutos de santidad.